

roso y creador falta, entonces el deporte de ir hilando palabras sucesivamente una tras otra, es pura caligrafía que no trasciende de las cuartillas.» (Maravall, J. A., «Necesidad y política del escribir», *Revista de Occidente* 69, 1987). Aparecido en la misma revista en el número 129 de 1934.

A su regreso de la fructífera etapa francesa, la inolvidable revista *Cuadernos para el Diálogo* le ofreció su tribuna, ocupada en ocasiones por Maravall con su incisividad habitual. Por las mismas fechas, la reaparecida *Revista de Occidente* le sirvió también para acercarse a temas y cuestiones de palpitante actualidad, como, por ejemplo, la existencia o no de unos caracteres nacionales específicos de cada gran pueblo de la historia. Acaso con excesiva contundencia el por aquel entonces catedrático de Madrid diera por conclusa la polémica acerca del asunto con una cerrada posición negativa. «Hoy, en general, la apelación al “carácter nacional” y al uso de estereotipos en la política es una manifestación de sociedad quietista, estática, sirve a una ideología conservadora» («Sobre el mito de los caracteres nacionales», *Revista de Occidente*, 3, 1963, 274).

Pero por muchas que sean las armas dialécticas y las argumentaciones en punto a demostrar la nocividad intelectual del proceso que nos ocupa, seguirá en pie su existencia, al menos en el terreno de lo cuestionable: «¿Cómo no recordar esta hora al leer que los caracteres nacionales son un mito? Cítense autores, acumúlense estadísticas, adúzcanse datos y experiencias de laboratorio, y los caracteres nacionales seguirán incólumes, no en el mito, sino en la realidad... Si comparamos la psicología de los pueblos a una luz que se quiebra en colores y matices, no podrá observar nada el ciego, y sólo podrá observar poco el daltónico. Hay ciegos y hay daltónicos inteligentísimos; pero harían mal en meterse a pintores; y peor todavía en negar la existencia del color y del arte pictórico» (Madariaga, S. de, *Obras escogidas*, Buenos Aires, 1972, 881-82).

Con señas de identidad remontables hasta la época bajomedieval, es sabido cómo la acuñación estereotipada de los caracteres de los pueblos se verificó en el siglo pasado al socaire de la hipostasia alcanzada por el culto a la nación. Nos encontramos, pues, ante un concepto claramente histórico. Como decíamos, mucho antes de la Revolución Francesa y el romanticismo ya existía, aunque con una connotación más cultural que política. Nuestro mejor conocedor de la historia del pensamiento europeo, el mismo Maravall, ha señalado así cómo ya en la Edad Media nos encontramos con una cierta noción del «ser» de España perdurable hasta el albor de los tiempos modernos y que contribuiría a propiciar el advenimiento de los Reyes Católicos (Cfr. *El concepto de España en la Edad Media*, Madrid, 1964, en especial 479 y ss.). En el mismo terreno, otro brillante estudioso de las corrientes intelectuales de la España moderna y contemporánea, José María Jover, subrayaría en su primer libro cómo, a despecho de las raíces nacionales de las grandes monarquías europeas, en plena lucha por la hegemonía continental, mediados los años treinta del XVII, los propagandistas de las tesis españolas no fundamentaban la validez de éstas en estrechos criterios casticistas. Al igual ocurriría a lo largo de casi todo el Setecientos, con sus antagonismos internacionales. La centuria posterior vio alzar el telón sobre una realidad distinta. Sus historiadores pretendieron descubrir en la nación cuyo pretérito investigaban una peculiaridad a la vez constante en el tiempo y destinada a grabar con fuerza su porvenir.

Mas no es cosa de dilatar en exceso esta incursión por un tema, desde luego, de capital importancia para la profundización de muchos debates sociológicos e historiográficos. Nos interesa tan sólo dejar constancia de que tiempo adelante el propio Maravall volvería sobre él con unas afirmaciones plenamente suscribibles. «Lo que ha sido o es un pueblo, lo que ha sido o es un grupo, frecuentemente se convierte en objeto de una pesquisa pseudohistórica o pseudopsicológica, realizada por ensayistas de varia naturaleza que suponen haber penetrado místicamente en el recinto psíquico último que guarda la fuente del carácter y de la historia de cada pueblo. Personalmente, me he negado siempre a aceptar que un hontanar de originalidad brote en cada pueblo y haga vivir la planta de su autenticidad. O lo que es equivalente, a comparar con unos caracteres permanentes lo que ese pueblo habría hecho con las normas vinculantes de su ser original. Un pueblo, cada pueblo, es lo que asimila, lo que hereda y lo que reelabora, de todas las partes, de todos los países y gentes, de todas las culturas y de todos los repertorios de valores con los que se ha rozado en su existencia y sobre los cuales se ha disparado su voluntad» (Maravall, J. A., «Cómo he visto y sigo viendo nuestros "Cuadernos"», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 400 (1983), 51-52).

Pero, al margen de recaladas y estancias más o menos dilatadas y sugerentes en el campo de la historiografía de la contemporaneidad, la aportación de Maravall en este terreno radica esencialmente en la originalidad del enfoque que presidió su análisis. Adentrados con vacilaciones y tropiezos por la geografía de la historia social y, más concretamente, de la historia de las mentalidades, los contemporaneístas atraídos por dicha temática carecían del instrumento adecuado, conforme puede comprobarse con un somero repaso a la mayor parte de sus publicaciones, desfondadas metodológicamente y poco esclarecedoras.

Las catas de Maravall señalaron el buen camino, al mostrarles que, sin un rico bagaje cultural y sin un elevado nivel de conocimientos interdisciplinares en las ciencias sociales, resultaba imposible dar el salto cualitativo de la antigua historia interna o de la cultura, tal y como la concibiera Voltaire, a la de la reconstrucción del universo mental de los diferentes actores del hecho histórico. En un artículo indispensable para el conocimiento de la personalidad científica del egregio historiador, éste explicaba todo lo que de dicha concepción debía al magisterio orteguiano: «Mi lectura de esta obra, *La Historia como sistema*, en la que hay un cierto desplazamiento del enfoque, poniéndose en ella de relieve la singularidad, la individualidad de los hechos históricos considerados como propio objeto del conocimiento de la Historia; probablemente, tanto como esto, el hecho de que la situación social del momento propiciaba la visión del vacilante individuo titular del azar (desde el electrón al jefe de un inmenso imperio), acompañadas estas circunstancias de una temporada de atención especial a la línea Dilthey- Meinecke, me hicieron caer en un nominalismo histórico que pudo ser grave. Pienso que la aproximación que mis primeros estudios jurídicos me proporcionaron a la teoría política y a la teoría de la sociedad, a la historia del pensamiento político, y a la historia económica y la historia social (que asimilaron, como hacía falta, discutieron y pasaron más allá del análisis histórico de Marx). Las aportaciones de tales ciencias que empezaban a desarrollarse entre nosotros, contribuyeron a sacarme del atolladero. Una estancia de varios años en París,

me hizo fácil entrar en contacto con la obra de L. Febvre, más con la parte teórica que con la historiográfica, y ello me llevó al camino que, en definitiva, he recorrido, como historiador. En los comienzos de esa nueva etapa, una relectura de antiguas obras de Ortega hizo que saltaran ante mis ojos, en las páginas de *El tema de nuestro tiempo* y del largo ensayo sobre «Historiología», los conceptos de «constantes relativas y absolutas», de «leyes históricas», etc., etc.

Seguramente, Ortega no mantendría hoy esta terminología, que se remonta a sus escritos de los años veinte, y, en cambio, por otra parte se aproximaría más a conceptos que quedaran cercanos a tales vocablos, mas alejándose de expresiones de inspiración demasiado historicista (quiero decir, del puro nominalismo de los hechos históricos). De todos modos, a mí, a mediados de los años cuarenta, me sirvieron para incitarme a buscar conceptos de «conjuntos», a buscar una historia de «estructuras» (dinámicas, diacrónicas) en relación con lo cual cobran su valor la interpretación, la teoría, la hipótesis; una historia en fin que abandona el relato, y opta por la interpretación (sometida a las formas que en este caso son posibles de «verificación»), describiendo procesos estructurales. Una historia que no pretende agotar con ello todo el trabajo que se acumula en el taller del historiador, pero que reconoce como una tarea básica la de aquella investigación que se ocupa de establecer el repertorio de creencias de una época sistematizándolas en torno a unas creencias-eje. Cada vez el libro *Ideas y creencias* me interesa más decididamente. Si ya antes había hablado de que un pueblo es su ideario, si había advertido que las épocas se diferencian por la estructura y funcionamiento de las mentes, de manera que ello ha de venir a ser el objeto de la historia (II, 486), es en ese mencionado librote suyo, como él lo llamaba, donde descubre ya permanente esa capa de la historia, cuya investigación permitirá elevarlo a un conocimiento científico: el historiador lo primero que necesita es averiguar el «sistema de creencias de una época». Esta concepción obliga a crear nuevos métodos y nuevas técnicas en historia (V, 500). Esto se escribió en 1940. Siete años después, L. Febvre declaraba que establecer el *outillage mental* de una época era tarea historiográfica por excelencia. Y desde entonces el trabajo ha marchado en esa dirección y la «historia social de las mentalidades» ha cobrado carta de naturaleza. Para un trabajo historiográfico que necesita de una consistente base teórica, creo que disponer del libro *Ideas y creencias* ha sido un hecho decisivo». («Una experiencia personal de la obra de Ortega», *Revista de Occidente*, 24-25, 1983, 181-183).

Aclimatada ya con algunos frutos serondos en la parcela de la modernidad, tal concepción historiográfica espera todavía su arraigo y extensión en los pagos roturados por el esfuerzo de los contemporaneístas. El día que ello sea una positiva realidad el nombre de José Antonio Maravall figurará, según gustaba de decir uno de sus maestros predilectos, don Ramón Carande, como acreedor preferente...

José Manuel Cuenca Toribio